

jerarquía social. El título nobiliario es el premio a un acto heroico, a un servicio excepcional, a un éxito extraordinario con profundas repercusiones en el bien de la patria. Pero en este caso no se calcula anticipadamente el premio honorífico. Pretender la condición de noble sin el hecho heroico previo es una aspiración extremadamente vanidosa; y la vanidad (1) tiene mucho de necedad. Nadie más amante de entorchados, uniformes y oropeles que el necio. Y Velázquez, como reconoce Ortega, es un hombre saturado de talento. No es lo mismo heredar un título que hacerse acreedor a un título. Heredar un título no es heredar el talento, el heroísmo, la genialidad o el sacrificio que dieran lugar a su creación.

La vocación es tanto más imperiosa cuanto más noble sea (en el puro sentido de la expresión) la actividad a que se inclina. Y el arte, en cuanto tiene de creación, es posiblemente la más sublime y elevada actividad. No creemos que un genio de la talla de Velázquez fuera a reprimir sus impulsos creadores para que después, pudieran declarar unos testigos, que no era un profesional de la pintura. Por muy invertidos que estuvieran los valores, es inadmisibile que un hombre de talento pudiera preferir una ejecutoria de nobleza no motivada por un hecho personal extraordinario, a sus condiciones propias de creador, que le harían inmortal ante los hombres.

La escasa fecundidad de Velázquez tiene, en nuestra modesta opinión, una explicación sencilla. A través de una ligera biografía se pueden apreciar, en el pintor sevillano, rasgos típicos de indolencia. Traído a la Corte por el Conde Duque de Olivares y perteneciendo a la camarilla del poderoso valido, se desentiende del

grupo político haciendo vida independiente. Hay un manifiesto desinterés del pintor por las comidillas políticas de su época, comidillas y camarillas que, de ser explotadas con acierto, le hubieran llevado fácilmente al pretendido título de nobleza.

Velázquez, como todo hombre superior, tiene envidiosos, enemigos más o menos solapados. El lo sabe, pero jamás reacciona. Es un gesto elegante, de indudable belleza ética; pero tras el silencio juega su papel la apatía. Felipe IV, que es también indolente, quiere hacerle reaccionar, y le dice un día: «Las gentes dicen de tí que no sabes pintar más que cabezas». Velázquez, sin inmutarse, responde: «Señor, pues me hacen un gran honor, porque yo no he visto todavía una cabeza bien pintada».

Al temperamento indolente y melancólico de Velázquez, se auna su circunstancia: el privilegiado cargo palaciego, gracias al cual puede vivir con desahogo económico sin aceptar encargos particulares. Creo, pues, que un estudioso de la vida de Velázquez, puede encontrar suficientes motivos que expliquen su parquedad productiva, sin necesidad de enfocar la cuestión por unos anhelos de nobleza nobiliaria. Y creo además que un temperamento más estudioso que el mío y una pluma con más «ángel» y con más gracia pudiera escribir también un ensayo más acabado que éste, bajo el título que aquí indico: «Velázquez o la indolencia».

JESÚS SANTOS

(1) La vanidad, cuando procede de unas facultades personalmente valiosas, puede ser una imperfección y un pecado. Cuando carece de fundamento es una necedad.



EL PINCEL

(FRAGMENTO)

*Y por tí el gran Velázquez ha podido,
diestro cuanto ingenioso,
así animar lo hermoso,
así dar a lo mórbido sentido
con las manchas distantes;
que son verdad en él, no semejantes,
si los afectos pinta,
y de la tabla leve
huye bulto la tinta, desmentido
de la mano el relieve.
Y si en copia aparente
retrata algún semblante, y ya viviente
no le puede dejar, lo colorido
hace que tanto quede parecido,
que se niega pintado, y al reflejo
se atribuye que imita en el espejo.*

Francisco de Quevedo